

A la COMISIÓN DE ASUNTOS INTERNACIONALES
del SENADO de la REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Me honra poder servir a mi País como Embajador del Uruguay ante la Santa Sede, después de haber aceptado la propuesta que me hizo el Sr. Canciller, Francisco Bustillo, en nombre del Sr. Presidente de la República, Luis Lacalle Pou, a quien agradezco esta distinción. Aseguro, desde ya, mi disponibilidad y colaboración, con total lealtad, transparencia y diligencia. Deseo asumir esta nueva responsabilidad con espíritu de servicio e, incluso más, como militancia ideal y rigurosa profesionalidad, a la luz de los dictados constitucionales y legislativos del país y de las orientaciones e indicaciones del actual Gobierno nacional, en el respeto de una auténtica laicidad.

En mi trayectoria de servicio en la Santa Sede, siempre manifesté el orgullo de ser uruguayo y como tal fui reconocido por todos en ambiente romano y vaticano. Es por ello que, entre muchas otras expresiones, San Juan Pablo II quiso distinguirme excepcionalmente incluyéndome en la comitiva de su primer viaje apostólico al Uruguay.

Desde el restablecimiento de la democracia en el Uruguay presté mi efectiva y afectiva colaboración con las Embajadas del Uruguay ante Italia y ante la Santa Sede. Pueden atestiguarlo los sucesivos Jefes de Misión, con algunos de los cuales mantengo aún muy buena amistad (y de otros, ya fallecidos, conservo un grato recuerdo). En particular, presté también colaboraciones significativas en la realización de visitas de Presidentes de la República a la Santa Sede.

Los recientes ocho años en que me he desempeñado como Secretario General y Vice-Presidente de la Comisión Pontificia para América Latina me

exigieron realizar muchos viajes por nuestra región, me permitieron introducirme más a fondo en el conjunto de la realidad, problemas y desafíos en América Latina, y me pusieron en muy frecuente contacto con el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede - sobre todo, con los Embajadores de los Países latinoamericanos – así como con muy numerosas personalidades eclesiásticas, políticas, sociales y culturales de estos Países.

Quedo desde ya a disposición de las autoridades uruguayas que visiten el Vaticano, a diverso título. Importa destacar al respecto que, por muy estrictas disposiciones del protocolo vaticano, el papa Francisco recibe en audiencia oficial sólo a los Jefes de Estado. Otras autoridades pueden saludarlo brevemente en ocasión de las audiencias colectivas que el Papa preside todos los miércoles (a excepción del mes de Julio de cada año). Dirigentes de la Secretaría de Estado, que se ocupan de las relaciones bilaterales de la Santa Sede con los países y de las relaciones multilaterales en las que está presente, son importantes interlocutores.

Los Señores Senadores pueden tener bien en cuenta, además, que mi larga trayectoria vaticana – con las más altas responsabilidades que la Santa Sede ha otorgado a un laico en sus ministerios - hace que yo, como embajador, cuente con las puertas muy abiertas...de oficinas y corazones. No tendré necesidad de ir conociendo, con todo el tiempo que eso supone, la compleja estructura de la Santa Sede, de su servicio de gobierno universal de la Iglesia Católica, del Estado Ciudad del Vaticano, de sus protocolos, estilos, lenguajes, contenidos y orientaciones. Es notorio que gozo del aprecio personal del Santo Padre Francisco, como lo tuve de sus predecesores, pero ahora con una mayor carga de afecto dada nuestra común condición de rioplatenses y de una amistad que data ya desde hace 46 años. Tengo óptimas relaciones con el Cardenal Pietro Parolín, Secretario de Estado, con toda la dirigencia vaticana, así como también con los Obispos del Uruguay, especialmente con el Cardenal Daniel Sturla,

arzobispo de Montevideo y Mons. Arturo Fajardo, presidente de la Conferencia Episcopal uruguaya.

La presentación de las Cartas Credenciales al Papa Francisco me dará ocasión de presentarle los más respetuosos y cordiales saludos de las autoridades nacionales, y en especial del Presidente de la República y del Canciller, de darle testimonio vivo de la conciencia y responsabilidad cívicas de los uruguayos y del respeto de la institucionalidad pública en el país, del modo ejemplar con el que el Gobierno, la oposición y la ciudadanía han afrontado las situaciones creadas por la pandemia a la luz de una “libertad responsable”, así como del prestigio internacional que goza el Uruguay, comprometido en la integración regional – ante todo, del MERCOSUR - y en la construcción de una comunidad mundial regida por el derecho, la paz, la justicia y la cooperación entre las naciones. Conozco el gran aprecio y estima que el Papa Francisco tiene a nuestro país. Sin embargo, el tema de su posible viaje a la Argentina y al Uruguay no es materia nada fácil para compartir, pues el papa Francisco ha sido siempre durante su pontificado extremadamente reservado a ese propósito. Estaré especialmente atento a cualquier atisbo de propósito concreto de realización de ese viaje. Para tan importante acontecimiento estoy convencido que podré ofrecer muy concretas sugerencias al Gobierno nacional e intervenir en altas instancias vaticanas para todo lo que se considere conveniente en la preparación de dicho viaje.

La Santa Sede es uno de los lugares estratégicos a nivel mundial como encrucijada de informaciones e iniciativas. Es notorio que la presencia y la voz de los Pontífices han adquirido una importante resonancia a nivel internacional. La Secretaría de Estado coordina una de las más antiguas y competentes diplomacias. No hay situaciones graves ni críticas en el tablero mundial que no susciten la atención y a menudo la intervención de la Santa Sede. Me empeñaré cuidadosamente por mantener a la Cancillería muy informada de todo lo que directa o indirectamente pueda interesar al

Uruguay, esperando contribuir así a su tradicional presencia y prestigio internacionales. Un prestigio, el de nuestro país, que se ha incrementado por doquier por el tratamiento ejemplar que se ha seguido en el tiempo de la pandemia. Asimismo habrá que considerar con atención los momentos oportunos para destacar la común solidaridad de propósitos del Uruguay y la Santa Sede relativos a la “promoción de la paz, la autodeterminación, la no intervención en asuntos internos, el respeto al derecho internacional, la solución pacífica de controversias, la defensa del régimen democrático y el respeto y promoción de los derechos humanos, entre otros principios” (cfr. declaraciones del Canciller Francisco Bustillo del 21/07/2020). Muchas de estas cuestiones internacionales de actualidad se debaten en foros vaticanos, como la Academia Pontificia de Ciencias Sociales, el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y las Universidades Pontificias, con un alto nivel de presencias e intercambios, en los que trataré siempre de estar presente. En ese Dicasterio funciona una Comisión especialmente encargada por el Papa para seguir todas las consecuencias económicas y sociales de la pandemia y los caminos de reactivación y reconstrucción, así como otra que atiende los problemas relativos a las migraciones a nivel internacional.

Sé que el presidente Tabaré Vázquez encomendó a mi predecesor en la Embajada examinar los archivos vaticanos, contando con el beneplácito de los dirigentes de la Secretaría de Estado, para recoger cualquier información que se considerase útil, referida especialmente a las personas “desaparecidas” durante el gobierno “de facto” (aunque era previsible que se obtendrían escasos resultados). De todos modos, espero ser informado más a fondo sobre esa iniciativa y actuar según las indicaciones de la Cancillería.

Me propongo, además, estudiar todas las posibilidades que el Museo Vaticano, la Biblioteca apostólica, los Archivos vaticanos, las Universidades

Pontificias y otras instituciones, podrían ofrecer para bien de nuestro país, de sus instancia políticas, culturales y académicas.

Otro campo en el que intentaré estar muy atento es el de la posibilidad de alentar y recomendar subsidios financieros de las diversas agencias eclesiales internacionales de asistencia y solidaridad, no sólo para actividades de la Iglesia en el Uruguay planteadas por el Episcopado, sino también para iniciativas de colaboración entre el Estado y la Iglesia en el país. Pienso, en particular, en los diversos ámbitos de acción social y ayuda solidaria a los más necesitados y desamparados. Todo ingreso gratuito y solidario de dineros al país, aunque sea de modestas cantidades, creo que podría ser siempre bienvenido.

Otra iniciativa que quiero explorar es que carnes uruguayas sean vendidas en el supermercado vaticano, que abastece a todos su funcionarios y a muy numerosas Congregaciones y comunidades religiosas en Roma, así como a las Embajadas acreditadas ante la Santa Sede. Aunque se trataría de modestas proporciones, mucho me gustaría que se pudiera afirmar que el Papa argentino y sus directos colaboradores comen carne uruguaya...

Por otra parte, estaré siempre presente en las reuniones del GRULA (grupo de embajadores de los países latinoamericanos acreditados ante la Santa Sede), no sólo para intercambios y para reflexiones comunes con invitados especiales, sino también para promover por todos los medios posible la presencia uruguaya y latinoamericana en la Santa Sede.

Me interesa destacar que deseo establecer una relación de colaboración y amistad con el Embajador del Uruguay ante Italia.

Finalmente quiero expresar mi disposición a acoger muy cordialmente a los uruguayos que visiten Roma y que se pongan en

contacto con la Embajada, interesados en actividades del Vaticano y especialmente en las que esté presente el Papa.

Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour

Roma, 24 de agosto de 2020